

hambre á Paris. Dióse una batalla en Saint-Denis (1567), en la que pereció Ana de Montmorency á la edad de setenta y cuatro años; lo que fué ocasion de que el mariscal de Veilleville dijese al rey Carlos IX: «No es vuestra majestad el que ha ganado la victoria; no es el príncipe de Condé, sino el rey de España.» Derrotados los calvinistas se alejaron, pero pronto volvieron á la carga. El príncipe de Condé llamó á los lansquenets alemanes, cuyo sueldo lo proporcionaron los suyos, dando sus anillos, sus cadenas y todo lo que tenían de valor. En fin, concluyóse la paz en Lonjumeau (1568); pero éste era un espediente de que se servía Catalina para preservar á Paris de un sitio. Así era que apenas se despidieron las tropas, y los jefes protestantes volvieron á ser simples particulares, cuando escitado el pueblo contra los hugonotes, fué impulsado á esterminarlos en todas partes donde se encontraban en pequeño número. Al mismo tiempo se alejaba, con objeto de emplear con seguridad los medios violentos, á los hombres polícticos, así como á Hospital, que aconsejaba la prudencia, el cual habia obrado siempre con mucha reserva y conforme á las leyes.

Su testamento ofrece un cuadro fiel de los acontecimientos que acaecieron después de la muerte de Francisco I: «Cedí, dice, á las armas que eran las más fuertes, y me retiré al campo con mi mujer, mi hija y mis hijos pequeños, rogando al rey y á la reina me concediese una sola gracia, puesto que habian decidido hacer la guerra á aquellos con quienes habia tratado antes, y me despedian de la corte porque desaprobaba sus proyectos, rogándoles que después de haberse hartado por algun tiempo de la sangre de sus súbditos, se aprovecharan de la primera ocasion que se les presentase de hacer la paz, antes que las cosas llegasen al último estremo; pues de cualquiera manera que fuese, esta guerra no podia ser sino funesta al rey y al reino.»

Pero los consejos de la prudencia no son escuchados en medio de la exasperacion de los partidos. No teniendo nada que le detuviese, intentó Catalina sorprender al príncipe de Condé y al almirante de Coligny, que era á los únicos á quienes temia. Escaparon de los lazos, y se refugiaron en la Rochela, de cuyo punto los hugonotes, que volvieron á empuñar las armas, hicieron su plaza principal, y comenzaron de nuevo las matanzas. Briquemont llevaba un collar hecho de orejas de frailes; los reformados no disimulaban en sus diatribas la intencion de dar muerte á la reina y á los demás jefes del partido enemigo; los católicos no obraban mejor. Pio V, con su ciego celo, evitó todo arreglo por parte del rey, y quiso que los enemigos de Dios fuesen esterminados de cualquier modo (20). Dióse otra vez principio á

(20) *Nulla modo, nullisque de causis, hostibus Dei parcendum est.* Carta á Carlos IX.—A Catalina, el 29 de

los combates; y el príncipe de Condé, hombre de gran valor, de actividad infatigable, á la vez elocuente y liberal, fué muerto en la jornada de Jarnac, á la edad de treinta y nueve años.

Entonces Juana de Albret, reina de Navarra, llevando de la mano á su hijo, aun niño, que fué después Enrique IV, y al jóven príncipe de Condé, se unió al ejército calvinista, con intencion de dividir con él las fatigas de la guerra, y los restos de su fortuna. Fué acogida en medio de los aplausos, y el *Bearnés* (de esta manera se llamaba á Enrique de Navarra) exclamó: «Juro defender la religion y perseverar en la causa comun, hasta la muerte ó hasta que hayamos obtenido la libertad deseada.» Coligny condujo á los suyos de victoria en victoria; los alemanes, á quienes habia llamado, asolaron la Francia; evitó los sitios, ruina de los ejércitos, y remedió las derrotas con la prudencia unida á la perseverancia. En fin, concluyó Catalina un nuevo tratado de paz (1570) en San German de Laya, con la idea secreta de adormecer á los protestantes, y aprovecharse de un momento de tranquilidad para destruir á los que no habia podido acabar con la guerra. Hizo tambien con Isabel de Inglaterra otro tratado, por el cual Coligny debia ser colocado á la cabeza del ejército destinado á hacer la guerra á Felipe II en los Países-Bajos, como lo deseaba toda la Francia. La union de ambas religiones se celebró con matrimonios, entre otros con el de Margarita, hermana del rey, con el *Bearnés*, que era ya el rey de Navarra.

En medio de aquel numeroso concurso de señores hugonotes, de las señales de confianza, honores y regocijos que no permitian conocer ninguna huella de los antiguos odios, asalariaba un asesino para dar muerte á Coligny. El almirante no fué más que herido; pero clamando contra la traicion los protestantes, quisieron obtener venganza del rey ó vengarse por sí mismos. Catalina, que temia ser descubierta, reveló sus proyectos á su hijo, declarando que era preciso inevitablemente comenzar de nuevo la guerra civil, ó arrojarse en brazos de los protestantes, en atencion á que los católicos habian formado una liga que elegiria á otro jefe. El duque de Guisa, autor principal del primer desafuero, y que por ambicion se habia hecho órgano de los sentimientos populares, se reunió á ella para asustar al rey, y el miedo determinó á Carlos IX á consentir en la matanza de todos los hugonotes. Inmediatamente quedó resuelto el horrible crimen por una mujer astuta, un rey de veinte y dos años, tembloroso de espanto, y por el duque de Anjú, su hermano, aun menor. La noche de San Bartolomé, al sonido convenido de la campana, comenzó la matanza, bajo la direccion del duque de Guisa. Coligny fué degollado: y su cabeza embalsamada se mandó á Roma. La carniceria se estendió por todas partes, hasta el palacio del rey, y en los aposentos de la jóven reina Margarita; cierto número de católicos fueron muertos para satisfacer las venganzas privadas, y el ilustre

Pedro Ramus, entre otros, pereció por instigacion de un profesor del mismo colegio. Un miserable se alababa de haber rescatado treinta hugonotes para atormentarlos á su antojo.

Carlos IX cuya educacion habia hecho que su carácter fuese sombrío, y feroz la pusilanimidad, miraba aquellos horrores: sin embargo, intentó salvar al almirante; pero era demasiado tarde, y sólo consiguió preservar á Ambrosio Paré, su médico. Hizo que llevasen á su presencia al rey de Navarra y al príncipe de Condé, á quienes les dió á elegir entre la misa y la muerte; mas ambos abjuraron. Hospital, que aunque sincero católico, no era menos culpable á los ojos de los fanáticos, por haberse opuesto á las medidas de rigor contra los protestantes, estaba ya sitiado en su alojamiento, cuando varios caballeros enviados por el rey fueron á arrancarlo del peligro. Habiéndole dicho Carlos IX, ante quien fué llevado, que le perdonaba: *No sé*, contestó el virtuoso magistrado, *haber merecido la muerte ni el perdón.* Murió pocos dias después, desconsolado con tantas calamidades como no habia podido evitar, exclamando: *Excidat illa dies ævo!*

Cuando amaneció mandó Carlos IX con toda severidad cesasen los asesinatos y el saqueo, al mismo tiempo que enviaba á las provincias órdenes de abstenerse de todo esceso. Pero Catalina le hacia temer que el duque de Guisa no fuese proclamado rey; y que las facciones populares, una vez desencadenadas, no pudiesen sujetarse. Ya se habia en todas partes seguido el terrible ejemplo; y el odio y la venganza se habian cubierto para satisfacerse con el manto de la legalidad. Enrique de Saboya, conde de Tenda, gobernador de la Provenza, se negó á obedecer el decreto homicida. El vizconde de Orthes, gobernador de Bayona, escribió al rey: «Señor, no he encontrado aquí más que buenos ciudadanos y valientes soldados, pero ningún verdugo.» Saint-Heran, gobernador de Auvernia, le dirigió esta respuesta: «He recibido una orden con el sello de V. M., mandando dar muerte á todos los protestantes. El respeto que profeso á V. M. me hace creerla falsa; pues si fuese verdadera, el respeto me mandaria no obedecer.» El verdugo de Lion dimitió su empleo, diciendo: «No doy muerte más que á los culpables, y no ejecuto mas que las sentencias legítimas.» El obispo de Lion recogió á los reformados en su palacio, y esta conducta determinó á muchos á convertirse.

¿Fué accidental ó premeditada la matanza de San Bartolomé? Proclamando los católicos la justicia y santidad de la medida, se complacieron en hacerla pasar por el resultado de una resolucion adoptada con toda madurez, al paso que los protestan-

enero, de 1570: *Compertum nobis est nullam esse satana cum filiis lucis communionem; ita inter catholicos quidem et hæreticos nullam compositionem nisi fictam, falacisque plenissimam fieri posse pro certo habemus.* Ap. CAPEFIGUE, tomo II.

tes tachaban de infames á los católicos y á los italianos (21). Sin embargo la razon no permite creerlo. La corte debia temer á los Guisas tanto como á los hugonotes, y habia procurado siempre mantener el equilibrio. Si se habia proyectado una matanza general, ¿por qué dar la señal dos dias antes con una tentativa de asesinato en la persona de Coligny? ¿Por qué no adoptar las precauciones necesarias para apoderarse por sorpresa de la Rochela y demás plazas de los calvinistas? ¿Por qué no enviar simultáneamente las órdenes á todos los puntos del reino, cuando las primeras no se dieron hasta el 28 de agosto? Tenemos dadas suficientes pruebas de nuestros sentimientos para temer que se suponga no nos cause horror semejante crimen. Mas la verdad nos inclina á decir que los primeros asesinatos fueron cometidos por los protestantes y que la cólera de que el pueblo estaba animado entonces, se dirigia principalmente contra la nobleza, que hacia tanto tiempo trastornaba el país. Entre los nobles, Coligny era el más ambicioso y el menos dócil; habia atentado varias veces á la nacionalidad, y él mismo confesaba haber entregado el Havre á los ingleses en 1562, y hecho asesinar al duque de Guisa en el sitio de Orleans.

Si es posible encontrar alguna luz en medio de tan infernal oscuridad, nos inclinamos á suponer que habian tenido intencion al principio de desembarazarse del terrible Coligny, y que la ejecucion del crimen se confiaria al duque de Guisa, con la idea de formarle después un proceso y perderle; pero habiendo fallado el golpe, viendo el peligro el duque, llamó á los suyos, asustó á la reina, y arrancó en el intervalo de algunas horas la orden para tan espantosa carniceria.

El número de las personas muertas asciende á cien mil, segun unos, y sólo á dos mil, segun otros (22); pero cualquiera que sean las circunstancias del horrible hecho no es menos cierto, como tambien la alegria que manifestaron las cortes católicas. El cardenal de Lorena, embajador de Francia en Roma, regaló cien monedas de oro al correo que le llevó la noticia; y el papa Gregorio XIII la celebró con fiestas, como un triunfo de la religion; en Madrid, se regocijaron tanto como de la victoria de Lepanto; Venecia dirigió al rey felicitaciones oficiales *por aquella gracia de Dios.*

Carlos IX, que agitado de continuo por el miedo, é impulsado por él á la crueldad, salvaba á algunas personas y condenaba á muerte á otras, no fué tal vez más que el juguete pasivo del fanatismo

(21) *Un crimen italiano*, dice Mezerai. Merimée, en la *Crónica de la época de Carlos XI* (Paris, 1829); niega que hubiese trama. El mismo Sismondi, muy contrario á los católicos, lo niega tambien. Véase la nota B al fin del Libro.

(22) Sully dice setenta mil; Perefíxo, cien mil; la Popeliniere, veinte mil; el martirologio de los calvinistas, diez y seis mil ciento sesenta y ocho, pero sin indicar los nombres mas que de setecientos ochenta y seis: el abate Cavaillac (Diss. 38) cree poder reducirlo á dos mil.

universal, pues al mismo tiempo que confesaba á Ambrosio Paré los remordimientos que le despedaban, quiso justificarse ante el parlamento, acusando á Coligny de haber meditado una revolución. Ahora bien, el parlamento formó los procesos, envió al cadalso á los cómplices del aimirante, y encargó al presidente De Thou, hombre de la mayor integridad, dar gracias al rey por su prudencia, en cuyo recuerdo instituyó una procesion anual. Pero las personas honradas se indignaron, y las de talento preveían cuánta sangre correría por tan gran crimen, que unía á su atrocidad la falta aun más grave en política, de ser inútil.

En efecto, los odios no hicieron más que exasperarse; los que habían escapado al hierro homicida, fueron á esparcir el horror contra los asesinos, y conociendo los demás que el rey estaba preparado, y en la convicción de no haber sacado ninguna ventaja de aquella sangrienta ejecucion, se fortificaron en las plazas fuertes, y comenzó la cuarta guerra civil. La Rochela sostuvo nueve asaltos, durante los cuales las mujeres rivalizaron en valor con los hombres; pero el duque de Anjú, que sitiaba á aquella plaza, fué elegido rey de Polonia, y se trató entonces de un acomodo que concedía la libertad del culto. El poco éxito de los remedios violentos reanimó el partido de los Políticos. A su cabeza estaban los cuatro Montmorency, hijos del condestable; pero cuando el rey de Navarra y el príncipe de Condé se unieron á su causa, concluyeron, en oposicion á la corte y á pesar de la diferencia de religion, por unirse á los hugonotes. Adoptaron entonces por jefe al duque de Alenzon, hermano tercero del rey, jóven príncipe, ambicioso y desprovisto de talento, cuyo total mérito consistía en ser odiado de Catalina.

Al momento estalló una nueva guerra; pero la sangre derramada continuó causando á Carlos IX grandes remordimientos, y por una estraña enfermedad, la suya propia le salía por los poros. Turbado con horribles apariciones que le ponían en una especie de frenesí (23) (1574), murió á la edad de veinticuatro años, satisfecho con no dejar á un hijo aquella funesta herencia.

Enrique III.—El duque de Anjú, su hermano y cómplice en el crimen de la noche de San Bartolomé, era objeto de la predileccion de Catalina. Le habia dicho cuando marchó para Polonia: «No permanecerás mucho tiempo entre los extranjeros.» Habiendo ilustrado su nombre con las victorias de Jarnac y Montcontour, llamado á unir una corona hereditaria á otra electiva, hubiera podido sacar gran partido de aquella posicion, pues á los polacos

(23) «¡Ah nodriza mia, querida mia, ama mia! ¡cuánta sangre! ¡cuántos asesinatos! ¡Oh, qué malos consejos he seguido! ¡oh Dios y señor mio, perdonadme y concededme misericordia! No sé dónde estoy, tan perplejo y agitado me encuentro. ¿Cómo concluirá esto? ¿Qué hacer? Estoy perdido, lo veo...» *Relacion de Pedro de l'Estoile.*

cos les hubiera acomodado tener un rey distante é inofensivo á sus privilegios; y los franceses visto con placer el brillo y la fuerza que el trono alcanzaba. Pero no habia manifestado más que fastidio en medio de un pueblo cuya eleccion debía esforzarse en justificar por sus virtudes. Manchándose, por el contrario, con vicios que envilecen, se encerró en su palacio, considerando como un destierro su permanencia en aquel reino, del que se escapó furtivamente desde el momento en que la esperanza de la muerte, mucho tiempo alimentada de Carlos IX, llegó á realizarse. Atravesó la Alemania, donde Maximiliano II, que habia cesado de temerle y estimarle, le prodigó grandes honores: no vió en Venecia más que las máscaras, que le agradaron mucho, prodigando en todas partes los regalos, y cuando no le quedaba ya nada, dió á Turin, Pignerol y Savigliano. Apenas llegó á París, se rodeó de jóvenes que unían á la depravacion de los cortesanos las baladronadas de los espadachines; pasaba sus dias en rizarse el cabello, en arreglar collares para la reina y en jugar con perros pequeños, y en dirigir procesiones y novenarios. Gastaba 1.200,000 francos para el matrimonio de Joyeuse, su favorito, y no tenia con que mandar un mensajero al duque de Guisa para negocios urgentes. Satisfecho con que le dejasen en compañía de sus favoritos, les daba tierras, elevados empleos y los hacia pares, lo que aumentaba su insolencia. A veces abandonaba aquellas costumbres voluptuosas para recitar el rosario, hacer ostentacion de penitencia, ir á pié al jubileo, mas después volvía á recaer en el fango. Instituyó una hermandad devota con el nombre de Orden caballeresca del Espíritu Santo. Despreciado de los católicos por sus vicios, de los protestantes por su hipocresía y de todos por sus vacilaciones, tuvo por amigos de su religion á los enemigos de su autoridad y recíprocamente.

Mientras que se dejaba guiar por los que le adulaban y corrompian, estalló de repente la quinta guerra civil (1575). Confederados en Nimes los calvinistas, constituyeron un verdadero Estado con sus magistraturas, leyes, ejército y tesoro, y dirigian al rey, no súplicas, sino proposiciones. Pidieron la libertad del culto, la mitad de los empleos en el parlamento y en los tribunales, el castigo de los asesinos de la noche de San Bartolomé, la convocatoria de los Estados Generales, y en fin, el alivio de los impuestos y el olvido de lo pasado. Tenian consigo á los políticos, llamados entonces *descontentos*, y si fuera posible discernir un fin comun en medio de tantas ambiciones é intereses particulares, su intencion hubiera sido fraccionar la Francia en varias repúblicas, para formar una aristocracia federativa.

No era ya, pues, una simple cuestion de religion, y la guerra se hacia cada vez mas encarnizada. El duque de Alenzon, odiado de su madre, puesto en ridículo por los favoritos del rey, se puso á la cabeza de los políticos con pretexto de restablecer el

orden. El rey de Navarra, que disimulaba en la corte y se entregaba al placer, se quitó la máscara y huyó, se retractó de su abjuracion como arrancada por fuerza, y fué el jefe más hábil del partido hostil á la corte.

Catalina acudió en persona á Beaulieu al campo enemigo con la reina de Navarra y un *escuadron volante* de damas, que, como ella, sabian sacar partido de su belleza. Hizo que su hijo consintiese en la paz, confiriéndole el título de duque de Anjú (1576). Prodigáronse promesas y honores á los demás; concedióse una amnistia á todos con restitucion de sus privilegios, el libre ejercicio de la religion en el reino *que se decia reformada*, excepto en París y dos leguas alrededor; participar igualmente de los empleos los católicos y los hugonotes, á los cuales se les garantizaron seis plazas de seguridad; y en fin, prometió la convocatoria de los Estados Generales en el término de seis meses.

Liga santa.—Estas concesiones parecieron excesivas á los católicos; y Enrique, duque de Guisa, jefe entonces de aquella poderosa casa, formó á imitacion de los protestantes una *Liga santa* con el pretexto de equilibrar la influencia de los políticos y de los reformados. Los miembros de aquella asociacion juraron sacrificarse á la defensa comun, obedecer al rey, proteger la independencia y la integridad del pais, amenazados ambos, hacer cesar las discordias civiles, y tolerar á los pretendidos reformados (24). Sin duda la ambicion tenia gran parte en aquella liga; pues se apeló al papa á que examinase si los Capetos no estaban destronados por haber introducido en Francia las libertades galicanas, y contribuido á la elevacion de los herejes, lo que Enrique de Guisa, sucesor legítimo de Carlomagno, no permitiera subsistir.

(24) Los motivos de la Liga Santa se deducen de la fórmula del juramento prestado en estos términos por sus miembros: «En nombre de la Santísima Trinidad, y de la comunicacion del sagrado cuerpo de J. C., hemos prometido y jurado por los Santos Evangelios, por nuestras vidas, honores y bienes, seguir y guardar inviolablemente las cosas convenidas aquí, etc.: Primeramente, siendo conocidas de todos, las grandes prácticas y conjuraciones hechas contra el honor de Dios, de la santa Iglesia católica, y contra el Estado y monarquía de este reino de Francia, tanto por sus súbditos como por los extranjeros: sabiéndose, que las largas y continuadas guerras y divisiones civiles han debilitado tanto á nuestros reyes, y los han reducido á tal necesidad que ya no es posible que ellos mismos hagan lo que es conveniente y á propósito para conservar nuestra religion, ó que puedan mantenernos bajo su proteccion, con seguridad de nuestras personas, familias y bienes, en los que hemos recibido tantas pérdidas y perjuicios, hemos considerado muy necesario,» etc.

Sigue después el compromiso de sumision á la Santa Iglesia, de tolerancia para con los reformados, de obediencia al rey y á sus sucesores, de observar y hacer observar, hasta perder sus bienes y sangre, los decretos de los Estados Generales, etc. *Historia de la Liga del padre MAIMEURG*, p. 629.

Pero la aparente justicia de los motivos alegados hizo que muchas personas entrasen de buena fe en una liga que era la espresion solemne de la opinion dominante; el mismo Enrique III se alistó bajo su bandera, considerándola como la del partido más nacional, y esto con la idea de dirigirla, cuando en realidad se habia formado contra él.

Enrique III acudió á los Estados Generales de Blois, donde se decidió que no se toleraría más que una religion. Hubo aun otra guerra civil y luego otro acomodo. Pero pronto comenzó otra de nuevo: ésta se llamó *guerra de los enamorados*, porque era el resultado de galantes intrigas. Enrique de Navarra, que era entonces el jefe de los calvinistas, desplegó un valor que no se esperaba de él: anudando estrechas relaciones con los soberanos protestantes, á pesar del obstáculo que encontraba en el odio que los luteranos tenían á los calvinistas, tanto como á los católicos, aspiraba á un concilio general de los reformados, en el cual todos serian oídos y se reunirían contra la religion romana; pero no pudo conseguirlo. Los hugonotes se vengaron infamemente del asesinato de sus hermanos, y en fin, la paz de Flex devolvió la tranquilidad por espacio de cuatro años. El duque de Alenzon, nombrado para el mando del ejército confederado, se deshonoró en Flandes, á donde fué llamado á dominar, y engañado por Isabel, quien le lisonjeaba con la esperanza de que alcanzaria su mano. En fin, su muerte llegó á aumentar las ambiciosas esperanzas del duque de Guisa.

Encontrándose ya el príncipe lorenés en las primeras gradas del trono, trató de unirse á la España, que daba 50,000 escudos anuales á la Liga. Y como en medio de aquellos odiosos debates causaba espanto la idea de un rey protestante como el navarro, se convino con ella que en caso de morir Enrique III se escluirían del trono á los príncipes herejes, y que pasaría la corona al cardenal Carlos de Borbon. Este prelado incapaz, á quien los realistas llamaban *Asno de oro*, debia servir de velo á los proyectos del duque, al mismo tiempo que Felipe se lisonjeaba con sustituirle con un príncipe de su casa: juntamente se engañaban, aunque obraban de concierto. En este estado sublevó el duque de Guisa á París, anteponiendo la necesidad de defender al rey, la religion, las franquicias de la nobleza, los derechos del parlamento y el bien público (25), sonoras palabras con las que siempre

(25) El manifiesto del cardenal de Borbon, publicado después de la formacion de la Liga, terminaba de esta manera: «Por estas justas causas y consideraciones, nos Carlos de Borbon, primer príncipe de la sangre, cardenal de la santa Iglesia católica, apostólica, romana; teniendo más interés que ningun otro en admitir bajo nuestra salvaguardia y proteccion á la religion católica del reino, y persistir en la conservacion de los buenos y fieles súbditos de su majestad, con asistencia de gran número de personas, príncipes de la sangre, cardenales y otros príncipes, padres, prelados y oficiales de la corona, gobernadores de provin-

se deja seducir el pueblo. En lugar de reprimir la Liga por la fuerza Enrique III, le dirigió una apología, y Catalina negoció la vergonzosa paz de Nemours (1585), con la que obtuvieron todo lo que pedían, y además, la prohibición de profesar cualquiera otra religión, sopena de muerte.

No eran estas cuestiones momentáneas de partido; lejos de ello, se unían al estado de la civilización. El clero se había dedicado constantemente á sustituir la organización romana á la de los bárbaros, la centralización al feudalismo. Los reyes se habían empeñado también en la misma senda, con la voluntad de disminuir asimismo la influencia del clero, que, acercándose al pueblo, se unía á él contra ellos; de aquí las ideas democráticas de la Liga. El sistema germánico tenía, por el contrario, en su favor á los protestantes, enemigos de la autoridad, favorecidos por los caballeros, igualmente opuestos al poder imperioso de Roma y al despotismo del rey. Inclínábase, pues, los reformados á descomponer la unidad francesa, el clero y el rey á fortificarla, pero con ideas diferentes.

Los Diez y seis.—Aunque declarando Sixto Quinto pernicioso la Liga al rey, al Estado y á la religión, escomulgó al príncipe de Condé y al rey de Navarra como herejes, dispensando de que se les obedeciese. La fuerza de los de la Liga y su crédito se aumentaron después con la unión de otra asociación que se formó en el convento de los jacobinos. Se componía de fanáticos exaltados por las predicaciones contra el gobierno y contra el rey, á quienes se les llamó los *Diez y seis*, porque elegían entre ellos diez y seis jefes, uno por cada barrio de París, con objeto de excitar el celo de sus habitantes. La Francia perteneció desde entonces al duque de Guisa, y Enrique III, débil y des-

preciado, no encontró otro medio de salvación que unirse á los protestantes; no se atrevió, sin embargo, á recurrir á ellos, y se acercó, por el contrario, á los de la Liga, aunque conocía ya perfectamente sus designios.

Empuñáronse entonces de nuevo las armas (1587): escitados los príncipes alemanes por el anciano Teodoro de Beza, enviaron tropas á Francia para sostener á sus correligionarios; es decir, que se introdujo un ejército extranjero en Francia en favor del partido de los nobles y de los reformados. Célebre se hizo entonces Enrique de Navarra con la victoria de Coutray y con la magnanimidad que usó en ella.

Jornada de las barricadas.—Irritáronse aun más los Diez y seis contra Enrique III, y poniéndolo todo por obra para desacreditarle, maquinaron una sublevación con intención de apoderarse del Arsenal y precisar al rey á abandonar la dirección de los negocios. El duque de Guisa, á quien llamaban el azote de la herejía, el Macabeo francés entró como dueño en París, á pesar del rey, que reunió tropas para defenderse. Pero á esta noticia los de la Liga sublevaron al pueblo, llénanse de barricadas las calles, la multitud se dirige al Louvre, donde dan muerte á los suizos, víctimas venales predestinadas á su furor; y Enrique III, sitiado en la morada real, tomó el partido de huir. El duque de Guisa ocupa el Arsenal y la Bastilla; con una señal apacigua el tumulto y hace deponer las armas; éste era para él el momento de hacerse rey; no se trataba más que de quererlo. Pero pocos hombres saben consumir una empresa audaz, y sus vacilaciones reanimaron el valor de sus adversarios. Esto no impidió el que Enrique III, siempre débil, aceptase una paz vergonzosa confirmando la Liga, y prometiendo mostrarse severo para con los hugonotes. Desde aquel momento no disimuló el duque de Guisa la intención de destronar á Enrique III, y la duquesa de Montpensier, su hermana, llevaba siempre colgadas del cuello unas tijeras, destinadas, según decía, á tonsurarle cuando fuese encerrado en un convento. Abandonando Enrique III su indiferencia habitual, recurrió al expediente de la cobardía; y el duque de Guisa, á quien hizo llamar á su gabinete, fué asesinado en Blois por orden suya (23 diciembre de 1588); al día siguiente tocó su vez á su hermano el cardenal de Lorena; el otro hermano, Mayena, huyó, y muchos de los suyos fueron perseguidos. Enrique III exclamó, presentándose á su madre: «El rey de París no existe, señora, y en adelante será rey.—¡Dios quiera, le contestó, que esta muerte no os haga rey de la nada! Cortais bien, hijo mío, ¿pero sabéis coser? ¡Lo habeis dispuesto todo!» Poco tiempo después espiraba Catalina (1589), recomendándole reconciliarse con el rey de Navarra. Las implacables necesidades de la política (26) po-

(26) Enrique IV decía al presidente Claudio Groulard:

drán hacer que se escusen los actos de esta princesa; pero la moral los reprobará siempre.

No tardó Enrique III en conocer que no era verdad lo que se había dicho, que, *muerto el perro se acabó la rabia*. Hubiera debido atacar inmediatamente á París, y apoderarse de los Diez y seis. Pero sus vacilaciones le dejó tiempo de armar la ciudad. El pueblo se vistió de luto, las iglesias se colgaron de negro, los predicadores fulminaron contra el asesino, y se colocaron en los altares imágenes de cera del rey, á las que pinchaban con grandes alfileres, como para indicarle que se le destinaba á morir. Hasta á las personas honradas pareció legítima la Liga contra un asesino; y declarando la Sorbona que no se debía fidelidad á un rey pérfido, dispensó á los franceses de la obediencia. Aumentóse la osadía de la muchedumbre cuando supo que Enrique III había puesto en libertad á los jefes presos, y estalló el tumulto; el duque de Mayena fué proclamado jefe de la Liga, y al mismo teniente general del Estado y de la Corona. Entonces ya no son sólo los aristócratas los que forman parte de la Liga, sino que ésta se hace democrática, y se proclama el derecho del pueblo sobre los tronos. «La voluntad de Dios hace los reyes y se manifiesta por la voz del pue-

blo.» El reino de Francia es electivo; el título de nobleza es personal y no es noble quien no es virtuoso (27). Pero no había llegado aun el tiempo de amalgamar el catolicismo con las ideas democráticas.

En estas circunstancias, Enrique III no vió otro recurso que arrojarse en brazos de los hugonotes. Ejecutando entonces demasiado tarde lo que le hubiera salvado algunos años antes, fué al encuentro del rey de Navarra (1.º de julio), quien se echó á sus piés y le acogió como á un amigo leal (28); después los dos reyes reunidos marcharon sobre París con fuerzas imponentes para formalizar el sitio. Sixto Quinto, que había ya citado al rey á su tribunal para que se justificase del asesinato del cardenal de Guisa, le escomulgó entonces; y Jacobo Clemente, joven fraile dominico, ignorante, fanático y bastante presuntuoso para creerse instrumento de la Providencia, impulsado por los Diez y seis y por la duquesa de Montpensier, fué en busca del rey, y le dió muerte con un puñal (2 de agosto). Preso al momento, sufrió los tormentos con intrepidez, y el fanatismo del espíritu de partido, la intolerancia del siglo hicieron se ensalzase hasta las nubes su heroísmo; llegaron hasta venerarle como á un santo. ¿No hemos visto nosotros también á Andrés Chenier y á Klopstock hacer la apoteosis de Carlota Corday? ¿No celebra toda la juventud alemana á Sand, matador de Kotzebue? ¿No oímos también alabar todos los días en las escuelas el heroísmo de Timoleon y de Mucio Escevola? (29).

(27) Escritos de la Liga citados por Luis Blanc, *Historia de la Revolución*.

(28) Mornay escribía al Navarro: *Señor, habeis hecho lo que debiais y lo que ninguno de nosotros podía aconsejaros.*

(29) Napoleon ha dejado un legado al que intentó asesinar á Wellington.

«Por favor, ¿qué podía hacer una pobre mujer que había quedado viuda con cinco hijos y dos familias, la nuestra y la de los Guisas, que querían apoderarse de la corona? ¿No había de recurrir á estraños expedientes para engañar á unos y á otros, con objeto de salvar, como lo consiguió, á sus hijos, que reinaron sucesivamente, gracias á la prudente conducta de una mujer tan hábil? Por mi parte, me admiro de que no haya obrado peor.» *Memorias de Groulard* en la colección de Petitot, t. XLIX, pág. 384.

EUGENIO ALBERTI, en el *Ensayo histórico sobre Catalina de Médicis* (Florencia, 1838), trata de defenderla con razones y documentos, es decir, manifiesta que en tiempos tan difíciles no se podía obrar de otro modo. Lo mismo se encuentra en Capéfigue, *Hist. de la Reforma*.